UN PLASMA
de pulgadas

Autoría: DYH

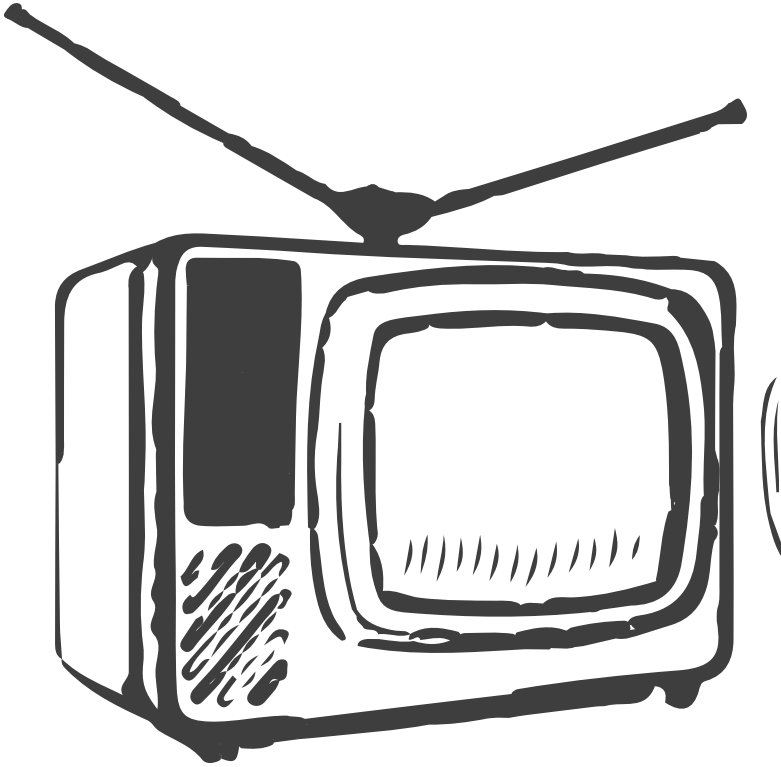
HISTORIAS PENDIENTES: Niñas, niños y adolescentes en el conflicto armado en Colombia

Un plasma de pulgadas

Autoría:
Por DYH

ISBN:
978-958-52723-3-0

© Coalición contra la vinculación de niños, niñas y jóvenes al conflicto armado en Colombia (COALICO)



Un plasma de pulgadas

Por DYH

Hoy, 10 de febrero, comienzo a narrar lo que estuve viendo desde anoche hasta esta madrugada.

Creo que estar en el purgatorio me ayudó a reflexionar sobre mi vida y espero que esta historia sirva de enseñanza para la juventud.

En una ocasión me encontraba recostado contra una reja, no recuerdo el día ni la hora, pero creo que fue un momento que podría comparar con una iluminación o una revelación, parecía un sueño lúcido. Yo reaccionaba y me preguntaba por qué pasaban instantes como rayos sobre mi vida pasada: paisajes, andanzas y amigos, cosas viejas y nuevas, lo que sentía en mi ser. El pensamiento quería decirme algo, más no entendía lo que ocurría a mi alrededor.

Era tan profunda mi reflexión que le buscaba sentido a lo que estaba pasando, hasta que se me encendió una luz como cuando uno abre la pantalla de un televisor. Comencé a verme allí metido y observaba lo que ocurría, parecían escenas de una película de acción en las que encontré tristezas, alegrías, sufrimientos, llantos, ilusiones, amores, vida fácil, triunfos, frustraciones, trabajos, hijos, actitudes, responsabilidades y evasiones; en fin, mi vida en un plasma grande, como de dos metros por uno con cincuenta, con la capacidad de retroceder, detener y adelantar cuanto quisiera. Yo era el único que tenía el control en las manos.

Parte 1 - Primeras escenas

Por capricho puse la película desde el comienzo para saber quién era y de dónde venía, pero lo más importante, cómo me comportaba.

Me vi de niño y conocí a mis padres: Rogelio, un viejo trabajador, labrador de la vida, quien ponía en mí su amor y su pensamiento. Llegó a ser considerado por todos como un hombre servicial y solidario, provenía de una familia humilde y sencilla, muy creyente en Dios, con amor hacia el prójimo y el don de estar siempre lleno de felicidad; pero también era drástico, hacía que todo lo que deseaba, ordenaba y planificaba se cumpliera a cabalidad, especialmente en lo relacionado con el bienestar de la familia.

Mi madre, el amor de mi vida, Ana, de sesenta y cinco años de edad, me llenaba en su seno de espiritualidad, de amor y de ternura, amamantándome y dándome todo su ser. Con la vida llena de esperanza, a pesar de un futuro incierto, y un permanente gesto de fraternidad que se desdoblaba de su corazón como un manantial de rosas sin espinas, presentía mi paso por los designios del trajinar de la existencia.

Comprendí que el sufrimiento ya comenzaba a asomarse en esa sensación que genera el sexto sentido de una madre creyente. Solo le pido a Dios que la guarde y la proteja de todo mal, que la ilumine con su Espíritu Santo.

En la pantalla pude ver que, aún a mi corta edad, siempre comprendí que mi padre y mi madre solo querían el mejor porvenir para mí.

Me llevaron con el párroco amigo de ellos, me bautizaron por la Iglesia Católica y luego me registraron en un pueblo llamado Guamal, en el departamento del Meta. Veo en la pantalla cómo vamos a caballo; mi madre, montada en una yegua gris muy bonita, mientras mi padre lo hace en un caballo grande de color cobrizo con una pinta en su frente en forma de gota blanca.

Llegamos a la registraduría, le entregaron los documentos para mi registro a un funcionario.

—¿Cómo se llamará el niño? —le preguntó a mi padre.

Se buscó entre los bolsillos de la camisa, sacó un pedazo de papel medio sucio, como con tizne de carbón, y leyó:

—Mi hijo se llamará DYH. Este bello niño será mi bastón y mi mano derecha en el futuro, será el mejor estudiante de todos mis hijos y, mientras yo viva, le daré lo necesario para ser una gran persona en todos los sentidos.

Esto lo escuchaba en mi pantalla, pero no quería adelantarla para saber el por qué no se cumplió su objetivo.

—Así será y ojalá se cumpla todo lo que usted dice —murmuraba mi madre, callada, sumisa y obediente—, pero acuérdese también de los otros hijos —recalcó.

Ahí comprendí que mi familia era más grande y que yo tenía una hermana. Me di cuenta de que éramos cinco los de la vida de mi madre, nos quería a todos, pero creo que en ese momento yo era el consentido.

Seguí viendo mi película... Fui creciendo como un niño normal, jugaba con lo que la naturaleza me ofrecía: sabana, tierra, plantas, animales con los que me divertía, como las gallinas y los perros que perseguía.

Continuaba siendo más grande para el tamaño promedio de los niños de mi edad. Se acercó el momento en que tendría que comenzar a estudiar, con casi siete años de edad, así que ingresé a primero de primaria.

Al principio fue muy bueno porque hice muchos amigos. Jugaba con bastante alegría canicas y trompo, pues al fin tenía con quien hacerlo. Cuando comencé a perder las canicas por apostar, debía comprar más y más y más, pero no tenía con qué.

A pesar de ir a la escuela, no entraba clases, para mí solo existían la diversión, los juegos, la vagancia y el fútbol. Llegaba a casa muy sucio, lleno de barro por tanto revolcarme en el piso y por eso me castigaban, pero mis padres no sabían que estudiar ya no era importante para mí, solo pensaba en el dinero que me hacía falta para los juegos.

Así comenzaron las correcciones de mi padre y las preguntas sobre por qué no estudiaba, pero no les podía dar una buena respuesta. Debido a los regaños, las jueteras y las pocas ganas de ir al colegio, tomé una de las peores decisiones de mi vida: irme de la casa. Así lo hice, sin que se dieran cuenta me volé de mi hogar.

Volando la imaginación

Cuando tomé la decisión de irme a buscar horizontes inciertos, comencé a vagar por muchos senderos sin rumbo fijo, desorientado, con el único propósito de encontrar la manera de conseguir dinero.

Llegué corriendo al pueblo más cercano y me encontré con un primo que viajaba hacia Maní, Casanare.

—¿Qué hace? — me preguntó. Le respondí que quería conocer esos pueblos que él ya había visitado y entonces se ofreció a ayudarme, me pagó el pasaje en la flota de Sugamuxi, que iba rumbo a Villanueva.

Durante el viaje solamente pensaba en lo que había dejado atrás: mis padres, mis hermanos, mis amigos de jugarreta y todos los bellos recuerdos de mi niñez.

Fueron más de dos horas y media por carretera destapada, era pedregosa, con muchos baches, huecos y zanjones. Al caer la tarde comencé a visualizar casas regadas —como mierda de pato —pensaba yo. Vi gente anciana sin camisa, mujeres aseando los andenes de sus casas y niños correteando como yo solía hacerlo.

Cuando veo en la pantalla lo que sucedía, se me llenan de lágrimas los ojos. Pero en ese momento seguía obsesionado con buscar dinero, era mi mayor objetivo para poder tener lo que quisiera.

Al bajarme del vehículo que me dejaba en un mundo desconocido, en el que solo contaba con mi primo, me preguntó:
—¿Qué se va a poner a hacer? ¿Dónde va a dormir? Porque mañana yo sigo viajando.

Mi respuesta fue incierta, como si tuviese temor, pero con fortaleza le dije:

—Buscaré trabajo y me defenderé con mis propias manos según lo que aprendí de mi padre y de los trabajos que tiene el campo, no me daré por vencido.

Me acerqué a un vendedor de empanadas, crepes, chunchullos y otras comidas callejeras.

—Señor, tengo hambre, pero no tengo con qué pagarle la comida. Si me da una —señalando una arepa—, yo le ayudo en lo que usted mande. Ando buscando trabajo y necesito ocuparme en algo —le dije.

—¿Cuántos años tiene? —me preguntó el vendedor.

—Once años —le respondí.

—¿Qué hace aquí? ¿Por qué y de dónde se vino? —me interpeló de inmediato.

Fueron tantas las preguntas, que no quería darle respuesta para no recordar nada de mi pasado.

—Yo solo deseo trabajar para conseguir dinero, pero ahorita quiero es comer algo —le decía para evadirlo.

El señor agarró una arepa con un pedazo de papel color café y me la pasó. Me la comí con mucha prisa como si me la fueran a quitar.

—Cuidado se atora —me dijo después, pero fue tanta la ferocidad al tragar que me pasó un vaso de agua para bajar los grandes trozos de arepa que mascaba.

Me quedé con él hasta tarde en la noche para ver qué me ponía a hacer. Seguía preguntándome cosas que no quería responderle, le ayudé a despachar a sus clientes. Creo que ese día hice un nuevo amigo...

Me invitó a su humilde casa, en donde me ofreció una hamaca y una cobija. Allí conocí a su esposa, se llamaba Ana, una señora que, al igual que él, era de avanzada edad.

—Mañana lo llevo a donde un amigo que le puede ayudar, así sea como mensajero. Solo le pido que sea honrado, sincero, leal y responsable porque ese señor es muy serio y no quiero quedar mal con él —me dijo.

—No se preocupe, voy a hacerlo quedar bien, además, no soy ladrón —le respondí.

—Ojalá sea así, de lo contrario, me caga la cara. Yo veré —dijo él. Luego me dio su nombre.

—Me llamo Luis. Cuando quiera venir, venga y me visita —ofrecimiento que sentí muy sincero y amable.

—¡Claro! —contesté—. Con mucho gusto estaré todas las veces que me necesite.

Al siguiente día ya me había levantado desde muy temprano.

—Alístese, mijo, que lo voy a presentar donde un amigo mío a ver si lo puede ayudar —me dijo don Luis.

—Le agradezco —le respondí. Y nos fuimos a pie.
Llegamos a una casona grande y don Luis gritó:

—Patrón, buenos días —y apareció un obrero vestido de alpargatas, machete terciado y un zurriago en la mano para espantar a los perros que eran feroces y atacaban a los desconocidos.

—A la orden, don Luis. ¿Qué se le ofrece? —manifestó.

—Necesito al patrón, joven camarita.

—Él está arreglándose. Espere un momento le aviso —y se entró.

Después de unos minutos apareció un señor alto, con sobrero, delgado y de buena presencia. Parecía que hubiese estado comiendo alguna cosa porque aún estaba masticando. Saludó diciendo:

—¿En qué puedo ayudarlo, don Luis?

—Don Antonio, buenos días, disculpe por el pereque, es que vengo a molestarlo con algo.

—¿Qué sería? Suéltelo a ver. ¿De qué se trata?

—A ver, don Antonio… —y comenzó Luis a contarle todo al señor sobre mi situación. Yo solo asentía con mi cabeza, como queriendo decir "Así es, sí, señor".

Cuando terminó, le dijo:

—El joven está buscando trabajo. ¿Puede engancharlo con algo? Lo que él quiere es aprender a ganar platica.

—¿Qué sabe hacer? —le preguntó don Antonio.

—Lo que sea o lo que me ponga hacer —le respondí yo—. Soy del campo y puedo defenderme muy bien. Lo digo con seguridad porque lo hacía cuando estaba con mi padre.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó don Antonio.

—Once.

—Pero con ese cuerpo parece mayor, por la estatura le ponía dieciséis o diecisiete años —me dijo—. Bueno, está bien que hablemos —y entró a la casa.

Lo esperamos un buen rato hasta que apareció.

—A ver, mijo DYH, aquí yo lo voy a ayudar, empezaría como un mensual, no sería mucha su ganancia inicial mientras lo pruebo en las labores, pero sí aseguraría la dormida y la comida. Va a estar dispuesto a los mandados y quehaceres de la casa hasta que entremos en otras actividades. ¿Okey?

—Sí, señor —le respondí.

Quise agradecerle a don Luis por lo que hizo por mí, fue siempre un gran amigo a quien yo respetaba y visitaba cada vez que podía. Él también lo hacía cuando tenía oportunidad.

¡Gracias, don Luis y doña Ana!

Ya en la finca de don Antonio tuvimos una buena relación, él como patrón y yo, como obrero.

Ayudaba en la crianza de marranos, gallinas y patos, luego pasé al ordeño y, por último, al manejo del ganado junto con los otros obreros mensuales o muy experimentados. Aprendí a operar las máquinas de corte y llegué a ser ayudante en el manejo de tractores. Ya me consideraba experto en esos oficios, a pesar de mi corta edad.

Fueron muchos días los que pasé aprendiendo y, lo más importante, ganándome el aprecio del patrón hasta que me convertí en su mano derecha para todo, su confianza se desbordó para mí y fue muy complaciente con mi lealtad.

Económicamente me empezó a ir muy bien, pero muy bien, tanto que me sentía sobrado.

Cerca de los catorce años y aprovechando mi gran altura y mis ahorros, comencé a buscar diversión. Hubo muchas fiestas, bailes y empecé a coquetear, a buscar placeres con mujeres; también frecuentaba prostíbulos, llevaba una vida fácil y desordenada de solo alegría y libertinaje, eso sí, siempre responsable con mis trabajos en la finca.

Tenía muy buenas relaciones personales y excelentes referencias gracias a la responsabilidad con la que asumía todo lo que se me encomendaba.

Cuando observo en la pantalla, me veo con un superhombre con mucho ímpetu, ágil, fuerte, airoso, sin ser arrogante ni petulante, pues ya había ganado experiencia en la vida. Era un hombre increíble en el trabajo, un Chayán en la alegría. Me lucía ante mis amigos y compañeros de labor. Hacía lo que yo quería hacer en la vida, pero no sabía a quién le debía todo lo bueno que había para mí, todo eso que me pasaba.

Parte 2 - La aventura

Luego de aprender mucho sobre la vida y las labores, empezaron a abrirse para mí otras oportunidades y ofrecimientos que limitaban mis ratos de ocio, pero que generarían cambios de lugar, de tareas y de relaciones sociales, todos relatados en lo que veía en la pantalla.

Alguna vez pensé que me gustaría aprender a manejar una lancha voladora o un gran yate, así que me propuse llegar a esos medios, hasta que un buen día conocí al señor Luis Marín, con quien que me cruzaba ocasionalmente en reuniones con amigos y conocidos.

Me preguntó si quería trabajar manejando un bote de carga sobre el río Guayabero, en el pueblo de La Macarena. Sin vacilar, le dije que sabía hacerlo y que, además, entendía de mecánica, creyendo que era muy parecido a los motores Diesel que ya conocía. En vez de encontrar el timón y el motor que imaginaba, hallé un fierro de ocho montado en un gran bongo; sin embargo, pensé que manejar una embarcación era mi mayor anhelo y que así cumpliría un sueño.

Cuando veo esto en la pantalla me erizo de satisfacción, como si lo volviera a vivir. No se puede describir la sensación de verse siendo el protagonista, de esperar que ese actor salga victorioso en la aventura que le presenta la película.

Fueron muchos los viajes realizados, suba y baje por el río Guayabero. Primero, tuve que acostumbrarme al motor y a ser el capitán del navío, quien decidía todo en la embarcación: cuándo se arrima a un determinado puerto o lugar, qué se sube, qué se baja, a quién se lleva o no, y cuándo se descarga. Tenía poder por primera vez, el nuevo patrón me había concedido la autoridad para decidir.

Me acostumbré al motor porque ya entendía algo sobre lo que era una bujía, un carburador o un condensador, y por eso no fue muy difícil aprender. Solo debía saber cuándo fallaba el motor y para eso tenía a un marinero un poco más experto en las partes, el comportamiento y el funcionamiento de la máquina que estaba a mi cargo.

Lo único que recuerdo era que al navegar por el río corrientoso y en ocasiones caudaloso, este arrastraba por su cauce muchos desechos de las riberas, como animales muertos y troncos que ocasionaron daños a las hélices del motor en varias oportunidades.

—¡Se partió el pasador! ¡Apáguelo! —me gritaba el ayudante. Entonces nos acercábamos remando a un costado de la ribera del río. En la parte de atrás del bote, donde va pegado el motor, se levantaba la pata en la que iba la hélice, que es la que lo impulsa, se aflojaban los tornillos que lo aseguraban y se ubicaba un nuevo pasador que muchas veces era fabricado con una puntilla de cuatro o cinco pulgadas. Se acomodaba todo de nuevo y el viaje continuaba su destino fijado. Yo seguía aprendiendo algo más.

Parte 3 - El retroceso

Después de tener tantas garantías al viajar por el río, hubo algo que me hizo retirar del trabajo: por estar casi todo el tiempo viajando río arriba y río abajo, había dejado mi vida de farra, música, mujeres, dichas y licor.

Tampoco tenía amigos para departir en esos bellos momentos. Me sentía frustrado, amarrado por la voluntad de convertirme en motorista; sin saber, me encerré en mi propio trabajo, el cual me absorbía las veinticuatro horas del día.

Al verme en la pantalla siento que ahí estaba el hombre que quería ser, pero a medida que fueron avanzando las acciones se fue apagando lo que para ese entonces era yo.

No puedo decir que me arrepiento de lo que viví en esa etapa, aburrido o no, gané muchas enseñanzas y experiencias en una actividad que jamás había vivido.

Pienso ahora que lo pasado quedó atrás y no se olvida. Uno siempre tiene que hacer algo para autoevaluarse o para que El juez lo califique. Es un principio básico saber reconocer lo que hicimos o dejamos de hacer en la vida. Creo que alguien nos los restregará en la cara y nos dirá: "Mire lo que hizo y su calificación será de acuerdo a su comportamiento".

Un segundo aspecto que comenzó a hacer mella para retirarme fue el incidente con un pasajero que no conocía y que, además, pedía que lo transportara gratis a un lugar que casi no frecuentaba.

— ¡No! —le dije secamente y le negué el favor, sin saber que ese personaje era un pariente cercano del dueño de la embarcación, pues nunca se presentó como tal.

Eso ocasionó un disgusto más fuerte con el patrón Luis, que continuamente me solicitaba favores de los que yo no recibía beneficios económicos, pero sí me generaban responsabilidades y gastos de combustible y mantenimiento que corrían por mi cuenta.

Cuando fuimos a liquidar en un fin de mes, le solicité que me ayudara con algo por los servicios prestados.

—Es que esto es mío, yo tengo derecho a eso —fue su respuesta.

— Pues si eso es así, ahí le dejo todo lo suyo —le respondí. Discutimos muy fuerte, ninguno cedía. Insulto venía, insulto iba. Estuvimos a punto de irnos a los puños.
Al final expresó groseramente:

—Róbese todo lo que quiera, le hace más falta usted.

Como por terminar comenté:

—Sí, creo que sí me hace falta, y como no me liquidó bien, me quedo con esto —refiriéndome a los recursos que tenía que entregarle del producido. Y agregué:

— Demándeme si quiere, yo puedo comprobar lo que usted comercia, los insumos y otros materiales de los cuales tengo facturas y están a su nombre.

Pienso que lo frené y le paré el ímpetu arrogante. Finalmente me dijo:

—Está bien, le recibo todo lo mío, acepto que se quede con el producido que iba a entregarme y quedamos en paz. Fírmeme un paz y salvo — yo lo hice y caso cerrado.

Lavador

No pasaron dos días para tomar la decisión de retirarme de la zona del Guayabero, por temor a alguna represalia de Luis y porque no tenía nada que hacer por esos lares.

Busqué a mis deudores y acreedores para legalizar nuestras deudas y sanar nuestros compromisos. Con unos cuadré y acepté como fuera cualquier cambalache; a otros no los encontré y por eso dije: "Les echo tierra y algún día seré recompensado".

Salí como pude de la zona, pasé por varios pueblos y me radiqué en el municipio de Acacías, donde permanecí varios días descansando mientras buscaba camello en algo que yo supiera hacer.

—¡Qué berraco! —manifesté —. En este pueblo se muere uno de hambre, no hay en qué ocuparse. Los empresarios y el gobierno no prestan atención al desempleo.

Veía mucha gente buscando y haciendo lo mismo: nada. Pura vagancia por la falta de oportunidades para poder tener una vida digna. No había trabajo ni de barrendero, no había nada. Lo digo porque no me daba pena hacer lo que fuera para sobrevivir, ya que conocía y venía de una vida campesina.

Un joven que pasaba cerca del parque central me llamó diciendo:

—Amigo, tengo dos camiones para lavar, ¿me ayuda y le tiro la liga?

—Vamos pa esa — le contesté. Y como no estaba haciendo nada, arranqué en ese oficio. No le veía nada de raro, solo debía observar lo que hacía el otro. Fueron como 30 minutos o algo más lo que gastamos, pero me enrolé en ese trabajo.

—Lo hace bien — me dijo el nuevo amigo—. ¿Le gustaría trabajar donde yo lavo carros? Yo le digo al dueño que usted es experto y nos colaboramos. Ahí pagan por porcentajes de vehículos lavados, unos valen más que otros. Hay días en que llegan tantos que no se da abasto y los programan para después, como también hay pocas veces en que uno se va en blanco. ¿Qué dice? ¿Acepta?

—¡Claro que yes! —le dije.

Así comencé a trabajar todos los días. Vivía empapado, enjabonado, tirando agua a presión o limpiando toda clase de vehículos: viejos, nuevos, de coqueros, traquetos y de otros que no digo qué cargaban y cómo estaban organizados por dentro, eso era un secreto que los dueños nos hacían guardar.

Lo cierto es que fui un teso para el poliche, me buscaban los que ya me conocían. Tan solo duré seis meses porque unos amigos me picaron el ego del billete y dejé atrás el oficio.

Mira a flores

Mi nuevo trabajo me permitió conocer a una amiga de nombre Cristina, una niña de baja estatura, pero con un cuerpo de sirenita en la playa de mi mar.

Me enamoré como nunca lo había hecho en el pasado. Ella me correspondía en forma práctica y decidida a todo lo que yo le proponía. Realmente fue una muy buena amiga que con el tiempo pasó a ser mi confidente y compañera permanente.

Como al lavadero llegaba mucha gente, aparecieron unos jóvenes casi de mi edad y me propusieron la idea de buscar mucho dinero en un pueblo llamado Miraflores, donde podríamos desempeñarnos como raspadores de hoja y pagaban muy bien.

Me explicaron todo, corrí donde mi novia y le propuse que nos fuéramos a ver si cambiaba nuestra situación de pobreza, ella no dudó en aceptar y ahí comenzaron todos los preparativos del viaje.

Cuando investigamos con los otros amigos, supimos que tocaba viajar a San José del Guaviare y ahí subirnos a un avión para llegar al destino. Para mí era otra experiencia de valor, no me dio miedo saber eso. A mi compañera al principio sí le causó un pequeño susto, pero dijo:

—¡Nos vamos!

Preguntamos por el costo de transporte, tanto a San José y su estadía, como al pueblo al que iríamos después.

Todo estaba completo, la decisión estaba tomada. Lo más seguro era el deseo de conseguir dinero, harto dinero. Escuchábamos a muchos decir que la hoja dejaba muy buenos dividendos, que las manos eran las que más sufrían, pero que eso se superaba cuando salieran callos, después de pasar por ardor y ampollas para finalmente tener una mano rústica.

No le teníamos miedo a todo lo que comentaban. Decíamos que, si los patrones eran buenos con la paga, lo demás no nos interesaba.

—Yo tampoco le corro a eso, pero si hay que cocinar, lavar ropa o cualquier otro oficio de la casa, en eso soy una todo terreno. Estoy para las que sea —decía mi novia.

—No mi amor, no se preocupe que yo trabajo por los dos. Me interesa su bienestar. Para eso soy su macho —le respondía.

—No mi amor —decía ella—, que entre más recursos consigamos, es mejor. Soy una mujer completa y a eso vamos.

—Bueno, que sea lo que El Poderoso quiera —le contestaba. Emprendimos el viaje cuatro personas: Luis, Juan, mi compañera y yo. Un día más de estadía y a La Macarena, el bus que nos llevaría a San José. Los pasajes se compraban a la americana, es decir, cada uno pagaba sus tiquetes. Luis recolectó el dinero de todos y los compró. El bus era de placas... No, mejor digo el número, el 028.

Días anteriores a esta narración, vi un programa de televisión sobre unos peces que viajaban de un lado a otro del océano en busca de mejores lugares del mar para tener a sus crías. En otro programa vi unos animales que recorrían grandes distancias para buscar buenos y frescos pastos.
Me he comparado con ello porque, en lo que recreaba en mi pantalla, pensaba que sería una bonita aventura con mi amor, recostada a mi lado. Mi querida Cristina, nunca tuve que impulsarla para que me acompañara.

El viaje se tornó tranquilo y muy ameno. Había muchos paisajes similares a cualquier lugar del Llano, con esteros, morichales, garzas blancas, alcaravanes y corocoras; el ganado de las fincas, a lado y lado de la carretera, con los pájaros garrapateros que lo limpian y el revoloteo de gavilanes buscando lagartijas para su alimento.

Había fincas con muy buenos pastos verdes, otras con buenos cultivos de limón, naranja, plátano y yuca; arrozales extensos, maizales en producción para hacerse un asado de chócolos o unas arepas como las hacía mi mamá, con cuajada y leche, y mucho amor en su sabor.

Eran unas fincas con calor de familia, llenas de personas laboriosas con fe en lo que hacían. Yo me decía: "Debo tener algún día una finca con todo lo necesario para vivir feliz y en paz conmigo mismo y con los que más quiero".

Creo que me dormí un buen rato al ver tanta belleza y ya no sé si lo que escribo fue producto de un sueño o de la imaginación de un idealista que cree que todo le saldrá como lo piensa.

Pasamos varios pueblos y caseríos. Preguntaba cada rato dónde íbamos porque no conocía esos sitios.

—¿Falta mucho? —preguntaba.

—Claro, y peor cuando entremos a la trocha destapada donde el desplazamiento es más lento y nos toca tragar mucho polvo. Estaremos rucios y amarillos.

Al fin pasamos por un pueblo llamado Puerto Concordia. Nos bajamos a descansar un poco, a comprar algo de comer y luego continuamos. Faltaban solo unos 40 minutos para llegar.

Con gran sorpresa conocí San José del Guaviare, un pueblo medianamente grande, tenía casas con solares muy amplios y había mucho movimiento de gente, algo que pude notar cuando pasamos cerca de un parque.

Nos bajamos del bus y preguntamos por una residencia, nos respondieron que había una frente al río y otras por el lado del centro. Necesitábamos estar cerca al aeropuerto, así que un carro parecido a un taxi nos llevó a El forastero, donde nos instalamos, nos bañamos e inmediatamente nos acostamos a dormir por el cansancio del viaje.

Al siguiente día fuimos a preguntar al aeropuerto por una empresa que viajara a Miraflores.

—Sí, señor, mañana va un DC3, avión de dos motores. Si van a viajar, hay que pagar los tiquetes para separar el cupo —informaron. Así que de una compramos los pasajes.

—Deben estar listos mañana a las 9 a.m., cada uno puede llevar máximo 15 kilos de equipaje, si se pasan, deberán pagar 900 pesos por kilo adicional —nos dijeron. Ninguno de nosotros se pasó, pues solo llevábamos hamaca, cobijas y ropa, además de los zapatos y un par de botas.

Ese día recorrimos el pueblo, conocimos un río de aguas amarillentas y sucio, pero muy corrientoso, le encontraba parecido al río Guayabero por donde yo navegaba. Había muchos pescadores, embarcaciones, yates, lanchas de 30, 50, 80 y 100 toneladas, y un movimiento constante.

Almorzamos pescado y mañoco en un restaurante que nos recomendaron, también probamos un ají de color negro en polvo llamado Yukitaña, que significa "demasiado picante", todo estuvo muy sabroso. Allí aprendí a comer alimentos de los indígenas.

La ansiedad por llegar al destino propuesto nos llenaba de inquietud y solo hablábamos entre nosotros sobre este tema. "Mañana será", decíamos, y a la residencia de nuevo a descansar y a esperar con ansias que pasará rápido ese día para volar por primera vez.

Así fue. Amaneció y empezamos a prepararnos desde muy temprano, arreglamos el equipaje y entre todos nivelamos el peso para no pagar el exceso.

Después del desayuno, compuesto por un caldo de pescado con mañoco y un pedazo de cazabe, estábamos full de barriga.

A las 9:15 subimos al avión. Había conmigo aproximadamente doce personas y mucha carga, combustible en canecas de 55 galones, víveres y abarrotes.

—¿Será que este aparato sí levanta todo ese peso? —pregunté.

Me estaba dando culillo, pero miraba con tanta seguridad que no se me notaba. Comenzaron a sonar las hélices, fue un ruido estruendoso, empezó a rodar el avión buscando una punta de la pista.

Se pusieron a -toda- los motores y... ¡Arriba! Comenzó a subir, se acercó al cielo y empecé a ver todo pequeño: casas, gente, río y selva. Llegamos más allá de las nubes porque se veían por todas partes.

El viaje duró entre 30 y 40 minutos. No recuerdo lo que pensaba porque estaba engolosinado con la espesura de la selva, los ríos, los caños y las lagunas que veía desde lo alto. La belleza de la naturaleza era muy grande.

Aterrizamos en un lugar parecido a la calle principal de un pueblo. Había caseríos a los lados de la pista de aterrizaje, la cual era de pasto y de tierra color anaranjado, con huecos y piedras.

El avión abrió su puerta y comencé a ver gente delante y debajo del ala, parecían ser fisgones o chismosos. La comunidad tenía la costumbre de armarse novelas y pensar: "Uno más al charco de la aventura".

Mis amigos y yo bajamos a buscar a alguien refundido entre toda la gente que estaba agrupada allí. Era un mundo totalmente desconocido, pero no perdíamos nuestra arrogancia de juventud. Nos sentíamos intrépidos y, lo que era más importante, valientes por haber tomado la decisión de llegar a Miraflores, la sucursal de la coca.

—¿Ustedes vienen con un patrón? —nos preguntó alguien.
—No —respondimos.

—Venimos a buscar trabajo para recolectar hoja —dijo mi amigo Luis.

—¿Pero ya tienen un conocido? —replicó.

—No, a eso venimos, a buscar— respondí.

—Yo conozco alguien que está buscando. Si ustedes quieren, los presento. Pasado mañana salimos, el hombre paga bien. Ustedes verán.

—Pues claro —dijo uno de mis amigos.

—¿Trajeron hamacas y toldillos? —preguntó el hombre —. Aquí hay mucho zancudo. Todos le contestamos:

—Hamaca sí, toldillos sí grave, pero los compramos. ¿Dónde los podemos conseguir? —preguntamos.

—Allá en la tienda.

—Gracias, llavecita, por esa —le dije.

—Pues bien, si quieren vamos de una y los presento con el patrón. Tiene un salón grande donde podemos brindar y no tenemos que pagar una residencia.

—¡Uf! ¡Qué bien! De una, vamos ya —respondió Luis.

—Ya es ya —dijo mi amada animándonos.
Caminamos paralelo al campo de aterrizaje por una calle que iba en ese mismo sentido. Veíamos muchos negocios y caras desconocidas con las que nos cruzábamos; unos susurraban, seguramente hablando de nosotros, pero nuestro ímpetu era airoso.

Pasamos frente a una casa donde había varias mujeres.

—Papitos, aquí los esperamos, no es necesario que traigan comida, que aquí hay carne de sobra, pero para su servicio —nos gritaban.

—Espérennos que aquí vendremos —manifestaron mis amigos con tono de varones mientras se reían.
Yo iba con freno de mano; sin embargo, mi novia me susurró:

—Amor, usted si no.

—Claro que no, amor, yo soy solo suyo.

—Usted sabe que yo lo amo —dijo después de besarme.

Tardamos mucho en llegar a la casona grande en la que conoceríamos a la persona que iba a contratarnos.

—¿Se encuentra El Turco? —le preguntó nuestro guía a un señor joven que salió de la casa.

—No, Pedrito, está buscando a unos raspadores que se habían comprometido hace días.

—Pues es que yo le conseguí estos amigos y los quería presentar.

—Claro, claro, instálense allí en esa barraca, que eso ya es un hecho. Dejen sus cosas y espérenlo por la tarde.

—Si no han comido algo, aquí mismo pueden almorzar. Considérense ya con trabajo fijo.
Nos gustó tanto que sentimos que todo marchaba bien, que íbamos derecho como volador sin palo. Encontramos lo que queríamos, camello.

—¿Ustedes ya han tenido experiencia? —nos preguntó.

—Sí —dijimos todos como en coro para cañar y poder conseguir el objetivo. Éramos novatos, pero ya teníamos idea porque con anterioridad lo habíamos preguntado.

Cada uno guindó su hamaca; la de mi mujer la dejé debajo de la mía. Descansamos unos diez minutos, luego salimos a conocer el pueblo, a comprar los toldillos y algún mercado. Dimos vueltas, pero el pueblito era pequeño, eso sí, con todas las cosas de una ciudad. Había cantinas y música ruidosa por todas partes, como llamando clientela. El único problema de eso eran los precios tan altos, todo caro, carísimo, pero aun así veíamos gente negociando, comprando. Era un mundo lleno de mucho movimiento económico.

Conseguimos lo que queríamos, regresamos a guardar los materiales que obtuvimos y a instalar los toldillos. Ya cayendo la tarde, el patrón llegó y él mismo nos buscó, seguro le avisaron.

—Muchachos, ¿cómo están? —nos saludó El Turco.

—Muy bien, señor —le respondimos.

—Con el deseo de trabajar con usted, señor —le manifestó mi amigo Luis.

—Me cayeron como anillo al dedo, estaba buscando bastante personal. ¿Usted también le jala a eso? —se refirió a mi mujer.

—Pues también, si no hay nada más que hacer —dijo ella.

—Claro —le respondió—, pero si quiere, puede ayudar en la cocina con la comida para los trabajadores, si sabe de eso.

—Si gusta, señor, acompañaré a mi esposo en la recolección y luego miramos —le dijo. —Como quiera —le respondió.

Yo no quería que Cristina se separa de mí. Sentí celos por la posibilidad de que ella no me acompañara, pero al escuchar la decisión que mi amor tomó, me sentí física y espiritualmente satisfecho.

Estuvimos dos noches en la barraca de El Turco, quien empezó a preparar todos los materiales y luego a cargar y a descargar lo necesario.

Aprendí sobre algunos procedimientos; unos ya los conocía desde que transportaba, supe de otros por explicaciones de compañeros del trabajo. Estábamos listos y el día había llegado.

Cargamos una embarcación grande en la que subimos gasolina en grandes cantidades, galones de ácidos, víveres de rancho, entre otras cosas. También nuestras pertenencias, junto con unos plásticos gruesos de color blanco y negro por si de pronto llovía.

También se cargó una voladora grande, tenía un motor de igual tamaño, se manejaba como la cabrilla de un carro y los mandos estaban adelante. Me gustó mucho esa nave.

Iba el motorista, un capataz a quien le decían Juaco, pero su nombre era Joaquín, catorce personas entre las que estaban los operarios y tres mujeres. En la otra embarcación iba el patrón y otros dos operarios que lo acompañaban. Y comenzó la odisea del río, que no era indiferente para mí.

Mis primeros kilos

Al observar la corriente del río Vaupés, noté que viajábamos hacia arriba, en dirección a una población llamada Barranquita —porque ya lo había preguntado—. El río se iba haciendo más angosto, sus aguas más limpias en comparación con las que conocía del Guayabero y el Guaviare, que eran de un color oscuro.

Después de navegar por unos cuarenta minutos, nos acercamos al lado derecho del margen del río, en donde vimos unos potrillos pequeños y una especie desembarcadero.

—¡Llegamos! —gritó el motorista— ¡A descargar! Yo tenía mucho conocimiento de descargues y quise liderar esta acción.

—Pongan las rampas que esto es pan comido —dije. Y empezamos esa tarea.

Entre todos no nos demoramos mucho, creo que fueron veinte minutos. El barracón estaba relativamente cerca, en una especie de trocha limpia de unos dos metros de ancho, como en una colina no muy pronunciada. Lo único que se subía a la casona eran las cosas manuales y timbos de cinco galones, pues los tambores se dejaban en un recodo entre el monte, cubiertos por un plástico, parecía un cambuche. Luego de realizar ese trabajo, reacomodábamos todo.

Nos instalamos en el sector para hamacas y con mi esposa nos ubicamos en un rincón. Esa primera noche casi no dormimos, hubo historias, cuentos y chistes del grupo porque existía camaradería y un buen ambiente al compartir el mismo oficio. Preguntamos por el valor que se nos pagaba en cada arroba recolectada, nos informaron que era de dos mil pesos.

—¿Usted cuánto coge al día? —les preguntábamos a los que eran experimentados. Nos respondían que catorce; otros, de quince a dieciséis; y otros, hasta veinte arrobas.

—Creo que también lo lograré —decía yo.

Al día siguiente, después de tomar el desayuno salió cada uno con sus ásperos y numerosos costales para ir acumulando.

Todo parecía color de rosa al inicio de la faena. Con el paso de las horas, mis manos comenzaron a sufrir, me salieron ampollas que luego se reventaron. Además, al medio día el sol empezó a molestar y el cansancio nos agotó tanto que terminamos la jornada como a las tres de la tarde.

Cada uno comenzó el balance de recolección. Yo recogí nueve arrobas, mi esposa cinco y mis amigos, once y doce arrobas. Me sentí mal por tan poca cantidad, pero dijimos que, aunque poquito, de grano en grano llena la gallina el buche.

Al patrón le interesaba que hiciéramos grandes cantidades y rápidamente porque eran muchas hectáreas para la recolección.

—Cuando terminen el corte total, ya estará listo para volver a coger donde comenzaron —dijo.

Nos recomendaron madrugar para que el sol no nos molestara y porque era más fresco para trabajar; acogimos la idea y así lo hicimos. Empezamos a obtener mejores resultados, mis manos y las de mi esposa comenzaron a coger callos y superamos el umbral de las dieciocho arrobas, tanto así que un día me cogí veintidós arrobas y Cris cogió veinte. Éramos los duros y la rutina duró varios meses.

Recibíamos el pago y procurábamos ahorrar porque todo era muy caro. Guardábamos para que al salir de esos trabajos pudiéramos comprar propiedades.

La confianza de El Turco en mi lealtad y en la de mi compañera, creció, tanto que ya nos encargaba de casi todo. Nos hizo un reconocimiento especial por los servicios prestados, nombrándome capataz y delegando el manejo del comisariato a mi esposa.

De vez en cuando yo conducía las embarcaciones. Muchas veces me pedía que le contabilizara el recibido de la hoja; hasta tuve la oportunidad de tirar cabrilla en su voladora y de conseguir unos materiales en pueblo de Miracho. "Eso sí es elegancia viajar en una nave", decía yo.

La alimentación mejoró para todos, ya que mi compañera modernizó el estilo de dieta con comidas variadas y bien preparadas. El grupo de trabajo estaba muy satisfecho y nos alababa por el cambio.

No quería dormirme para seguir observando mi pantalla, pues volví a ver mi superación. Era una persona importante en lo que hacía, todo un espectáculo visto por mí mismo y eso me llenaba de una gran emoción. Para mis adentros decía: "¿Cómo no volver a ese pasado?" si estaba produciendo, consiguiendo dinero para tener una mejor calidad de vida.

Mi compañera Cristina recalcaba que su sueño era tener casa propia y un negocio productivo en Villavicencio o Acacías. Eso me animaba, los negocios con mis compañeros se fueron ampliando más tarde con permiso del patrón. Al principio le informaba cuando los vecinos de otras "cocinas" nos solicitaban préstamos y lo que les facilitaba; luego, ya podía hacerlo sin su consentimiento, así que con el tiempo los negociados dejaron más beneficios.

En ocasiones el patrón me regalaba insumos como conchos, pegas y la sobra de muchos elementos de trabajo. Me interesaba mi cargo como tal, sin importar que fuera ilícito, y me cuidaba de las autoridades.

Otras personas que tuviesen alguna relación con el negocio no daban puntada sin dedal, metían cinco para sacar veinte; en cambio, yo no; y nunca me excedía dando información y menos a cualquier forastero o persona desconocida que me preguntara sobre el oficio y sobre el patrón.

El señor Turco me encargó buscar a más operarios raspachines y eso me facilitó viajar arriba y abajo, en el pueblo y en los caseríos cercanos. Ofrecía buena paga, comida y cumplimiento en todo, lo cual garantizaba la permanencia de los empleados que conseguía.

Se trabajaba de 150 a 160 hectáreas, por lo que hacía falta mayor cantidad de raspadores para que el patrón cumpliera con los pedidos que tenía establecidos. Muchas veces ya lo acompañaba a traer los recursos económicos para el pago y otras actividades propias del negocio.

Me convertí en algo más que un guardaespaldas; muchas veces le cuidaba grandes cantidades de dinero destinado para compromisos adquiridos con vendedores o compradores de elementos químicos. Cuando se cruza ese un umbral, uno cree ser indispensable, y para bien o para mal, termina siéndolo.

Yo quería que la responsabilidad, la eficacia y la lealtad hicieran parte de lo que anhelaba ser: un personaje que, sin perder la sencillez y la humildad de donde provenía —una familia trabajadora y emprendedora—, tuviera un carácter de servicio a quienes le rodeaban.

Creía en la palabra y por eso cualquier tipo de compromiso que se pactara, con sus detalles de tiempo, modo y lugar, debían ser una ley. Si se decía que tal día se pagaba o se devolvía lo prestado, debía cumplirse. Por ello, si alguien me decía "Esto será para dentro de cinco días...", yo le proponía ampliar el plazo para poder responderle.

Por otro lado, toda comunidad de ese tipo lleva una forma de vida pesada. El comportamiento general comenzaba a ser hostil, porque, aunque hubiera una ley y un sentido de lo correcto, el exceso de flujo de dinero que circulaba hizo que el vandalismo comenzara a tomar poder sobre muchos que llegaban con propósitos dañinos.

Comenzaron las muertes y desapariciones, lo que hizo que cambiara la firmeza con la que manejaba mis funciones. No debía mostrar miedo ni amedrentarme si alguno hablaba más duro.
Llegó la hora de armarse y de tener jóvenes al servicio. Eran trabajadores del patrón, pero estaban a mi cargo, así que los veía como si estuviera al mando. Nunca fui cruel en el trato porque pretendía mostrar que yo también recibía órdenes.
Llegué a tener seis guardas, entre los dieciocho y veinticinco años de edad, que respondían día y noche por lo que me pasara. Eran buenos escoltas y recibían los mejores tratos; los consideraba mi familia.

Amigos, vecinos y muchas otras personas me llamaban para que ayudara a mediar algún conflicto, generalmente por negocios que a veces no podían cumplir.

En ocasiones me colocaban como garante o facilitador de una situación práctica, así que fui ganando respeto entre mis amigos y los que no me conocían. Ese ambiente hizo que le dijera a Cristina que era mejor que se fuera para Villavicencio porque muchos tenían costumbres atrevidas y le expliqué que no quería llegar a tener problemas con nadie.
Me hizo caso y le procuré unos buenos recursos. Salió de la zona a montar su propio negocio. Fue una separación amigable. Hoy por hoy no sé dónde se encuentre.

Continué sin pareja, un poco más libre, con el ideal de ser un personaje importante, así fuera en esa tierra.

Reclutamiento

Conocí muchas poblaciones veredales: Calamar, que quedaba río arriba del Vaupés, en el nacimiento del Unilla y el Itilla, Barranquillita, Lagos del Dorado, Bocas de Arará, río abajo hasta Carurú, pasando por la vuelta del Alivio y otras cuyo nombre no recuerdo bien.

En Calamar me abordaron unos personajes que, debido a lo que yo hacía, me ofrecieron el mando en toda la región, tener control en la comunidad. Para eso me pondrían a prueba tres meses como un miembro raso, eso sí, con trato de respeto, considerando que me estaban adiestrando para mandar.

Al principio no me pareció adecuado porque era muy conocido por toda la población y estaba al tanto del comportamiento de la comunidad, pero acepté el compromiso porque lo vi con altruismo. Empecé a orientar a la población de la zona para que viviera como una gran familia, dentro de lo legal y lo ilegal, a sabiendas de que me estaba preparando para algo más ilícito que ser raspachín.

Como no existía orden en la convivencia y primaba el vandalismo y las negociaciones sucias, encontré motivación para convertirme en un mediador o, mejor, en un conciliador de conflictos, pues la ley y la autoridad del Estado no entraba, no hacía presencia, no ejercía su función: resguardar la vida de los colombianos. Ese y otros argumentos me llenaron de sensibilidad para el servicio.

Durante esos tres meses de preparación, el comandante asignó una persona con la tarea de evaluarme y orientarme sobre cómo debería actuar en cada caso de convivencia ciudadana. Este hombre era servidor del buen ambiente de la comunidad. De él aprendí mucho, de su sensibilidad y su humanidad, soñaba una Colombia diferente, así viviéramos en un mundo lleno de problemas.

Aprendí a aplicar sanciones sencillas y a implementar soluciones prácticas según el caso que se presentara.

Luego, empezaron a ocurrir muchos desmanes de patrones dueños de cocales que no les pagaban a sus obreros o que les pagaban y después les robaban sus ingresos; hasta aparecían muertos después de saldar una cuenta y sus cuerpos eran encontrados sin un peso y sin sus pertenencias.

Si el río hablara, sería incalculable la cantidad de personas que aparecerían flotando, proporcional a los que vi yo río abajo y arrinconados entre las ramas de los caños y de la ribera del Vaupés, sin saber quien cometió los crímenes. Fueron desapariciones forzadas e impunes.

La narración de este fragmento, visto en la pantalla, es un pedazo muy doloroso de mi historia, pues noté cómo no les importaba la vida ni los sueños de muchas personas que, por falta de oportunidades del Estado, buscaban en esas tierras un mejor vivir.

¡Qué desastre!

Me dan ganas de llorar en mi silencio mudo.

Ya me encontraba preparado para recibir el siguiente compromiso conmigo mismo y con el grupo. Entonces, en una ceremonia en algún punto de la población de Calamar, el comandante del Frente de las FARC, en presencia de varios comandantes de escuadra, me elevó a comandante conciliador, en un espacio sobre el río Vaupés.

Los comandantes de escuadra difundieron en la zona la información sobre el cargo que había recibido. Me asignaban los casos para resolver y allí me tocaba estar. El desplazamiento y los costos de estadía eran asumidos por el causante del pleito, problema o delito.

Me convertí en un juez ambulante. La organización me asignó una voladora y un motor con cuatro subalternos, quienes recibían una paga por los servicios. El dinero de las multas iba para la organización y una parte mínima para mí y para el funcionamiento de la embarcación.

Escogí Miraflores como sede, allí me tenían toda clase de información. Creo que era un conciliador por excelencia. Pienso que en esos momentos no le representaba nada económicamente al Frente, pues me solicitaron que apretara con mayor rigidez a los causantes de un problema. Entendí que lo que les interesaba a los superiores era los recursos, entonces comencé a hacer unos reajustes a los castigos pecuniarios: "El que pierde, paga y se lleva los trastes".

Ese incremento en las sanciones ayudó mucho a recuperar la credibilidad en la aplicación del castigo y contribuyó especialmente a aminorar los problemas en la comunidad, pero no hay prohibición para el terco que, entre más se le cohíbe, más rápido vuelve a cometer la falta.

A esta tarea encomendada me dediqué por varios años, años en los que aprendí a entender al ser humano: sus instintos y caracteres. En sus actuaciones revelaban de dónde venían, la clase de familia de la que provenían, porque "aunque la mona se vista de seda, mona se queda".

Pérdida de imagen: señal borrosa

Era aproximadamente la una de la mañana del día 9 de febrero de 2012 cuando se descompuso el aparato de televisión, el momento en el que desapareció esa pantalla que tenía en mi mente. Me volteaba en la colchoneta para tratar de recuperar la señal de la imagen en que había estado observando toda mi existencia porque no quería desconectarme, quería ver, como dice la canción: "donde vengo yo", y qué más puede ocurrir con mi proceder.

Estaba en una colchoneta sobre una plancha fría, en un silencio en el que únicamente se escuchaban las exhalaciones de los pulmones y los suspiros largos y de diferentes tonos, como un concierto melancólico, rematados por un ronquido grueso como el de un marrano buscando una lombriz.

Pasé de dormir profundamente a quedar casi despierto, con incertidumbre por lo que había visto y no podía creer; me remordía la conciencia, mi pasado, por lo bueno y por lo que dejé de hacer bien.

Fue una continuidad de ires y venires en mi pensamiento. Me encontraba atormentado por lo que estaba sucediendo y el lugar en donde me encontraba, había dejado esa vida de libertad y estaba lejos de lo más sagrado: mi familia y mi adoraba esposa que se hallaba sola, desamparada económicamente, sin casa propia y en estado de embarazo, así fuera lo más bello tener por primera vez un hijo o hija. Lo más importante para mí en ese momento era ella, a quien adoro tanto, lo único que esperaba era que no me fuera a abandonar.

Cuánta tristeza por el desamparo que he ocasionado, como si mi mal fuese contagioso. Mi familia allá afuera también sufría y mucho más de lo que yo estaba padeciendo.

Además de los suspiros de las personas que dormían, me hacía reaccionar el ruido del ventilador, cuyas vibraciones confundía entre sueños con un helicóptero escupiendo bala. Despertaba y veía mi realidad: me encontraba preso en una cárcel del Meta.

Pienso detenidamente en todo lo que había sucedido. La pantalla me recordaba por qué estaba en esa celda, entre barrotes que me impedían andar en libertad.

Esta mañana tomé firmemente la decisión de escribir todo lo que me había pasado para dejarlo como enseñanza a la juventud y a aquellos amigos que quieran asumir un verdadero cambio de actitud frente a la vida, pero que no saben cuál camino tomar con su libre albedrío.

Parte 4 - Enfermo

Recordé que al ser mensajero de armonía en la misión que me fue encomendada, comencé a sentir los rigores de la selva. La palidez empezó a ser notoria en mí.

—A usted le dio malaria o tiene otro problema que le está perjudicando —me decían mis amigos.

Pero realmente me sentía mal del hígado. Permanecía con disentería y malestar general.

Le solicité al jefe, El Zarco, una autorización para salir a buscar medicamentos que me ayudaran, ya que los que me suministraron no hacían efecto.

—Viaje por el lado de Vistahermosa y llévele este mensaje al comandante de la zona para que sepa a lo que usted va— me ordenó El Zarco, a modo de permiso. Me asignó cuatro compañeros de camino.

Comencé la travesía durante quince días en los que cada vez me sentía más débil. Fue una caminata por el monte, sabanas y esteros; atravesamos morichales, quebradas y caños. Yo no les ponía atención porque la debilidad me corroía el cuerpo, no quería cargar nada más que mi ropa puesta y mi encauchado cuando llovía.

No quiero enumerar todos los inconvenientes del camino porque necesito llegar rápido a la situación que me agobia la vida.

Nos detuvimos varias veces por la presencia del Ejército y de fuerzas contrarias y desconocidas. Mi vista se iba descomponiendo, sentía que nos estaban viendo desde todas partes y que caíamos en emboscadas, que todo movimiento de un árbol era un enemigo permanente. Arribamos a Vistahermosa, yo estaba casi desmayado, allá nos conectamos con el comandante Gabriel, a quien le entregué el mensaje del porqué me encontraba en esa zona.

Después del saludo de camarada ordenó mi descanso y una suculenta comida para mi grupo.

—Usted debe salir de inmediato para que lo revise un médico —me dijo.

Efectivamente me revisaron como si fuera un enfermo civil y encontraron otro problema grave: sufría del colesterol y de los triglicéridos, por eso sentía dolor de cabeza y debilidad en general.

Me recomendaron viajar a Villavicencio porque ahí no tenían los medicamentos ni los medios para mi tratamiento. Yo estaba temeroso por mi seguridad y la de mis cuatro amigos acompañantes, pues en la salida del pueblo había un grupo del Ejército que paraba a todo transeúnte.

Tomamos la decisión de bordear y pasar por un cerco entre el monte y caminos conocidos por los baquianos. Comenzó la travesía. Nos demoramos cuarenta minutos aproximadamente cuando otra mayor desgracia me ocurrió: caí en una mina, supuestamente colocada por mis propios camaradas. Fue tan grave que cuando escuché el estruendo caí aturdido y boté lo que cargaba. A mis amigos también los expulsó la onda, pero ellos reaccionaron en guardia.

Pasaron unos minutos y comencé a sentir un frío en el cuerpo y apareció un dolor generalizado. Cuando me vi… Ahí estaba mi pierna derecha destrozada y sangrando, casi me desmayo.

—Compañeros, perdí mi pierna y mi cuerpo sangra todo. ¡Ayúdenme! —expresé con lamento.

Como se pudo, me hicieron un torniquete para evitar el sangrado. Estábamos prestos a salir a la vía carreteable que nos conduciría a Villavicencio.

Logramos llegar y un vehículo me recogió solo a mí porque no había más cupo, además, mis compañeros no estaban preparados para llegar a la ciudad.

Intensos eran los dolores de mi cuerpo y mis malestares, sumados a la falta de mi pie. No entendía lo que pasaría con mi vida, qué ocurriría en los días venideros; me sentía indefenso. No podía descifrar ese suceso insólito y, en especial, justo cuando salía a buscar atención médica.

El viaje en este vehículo fue muy tormentoso porque la carretera estaba en mal estado, mi pierna sangraba y solo tenía un torniquete, el dolor se pronunciaba más.

Me amarraron una tela, no recuerdo si era una camisa o una toalla, para evitar el roce con el piso del carro y así una posible infección. Lo cierto es que cuando llegamos a la pavimentada descansé un poco más porque no sentía el zarandeo que generaban los baches en la vía. Afortunadamente el conductor iba con la chancleta en el piso para ubicarme en un centro de atención inmediata.

Recuerdo que el primer lugar fue la Clínica Somos, donde me atendieron de inmediato, me estabilizaron, me aplicaron calmantes y detuvieron el sangrado. Allí recibí el primer alivio a lo sucedido. Me durmieron y no supe nada.

Les cuento lo que me hicieron mediante lo que veo en pantalla: lavaron mi pierna herida, fracturada y sin pie, desinfectaron todo y finalmente me cerraron las venas y cosieron. Mi recuperación fue tormentosa, con afectaciones de carácter psicológico. Duré tres largos meses con cuidados, no le ponía atención a la vida que había dejado atrás. Muchos me preguntaban: "¿Cómo pasó? ¿Cómo fue? ¿En dónde ocurrió eso?", pero yo los evadía con otros temas.

Faltando poco para la recuperación, solicité que me dieran de alta y me llevaran donde mi familia en Acacías. Me permitieron estar allí, en la casa de mi novia, amiga y esposa, lugar en el que estuve aproximadamente un año mientras recibía todas las terapias y el acondicionamiento de un pie ortopédico.

Cansado de mi anterior vida y aprovechando que estaba en la ciudad, tomé la mejor decisión: volver a la vida civil.

Me acerqué al Gaula, pero no alcancé a llegar porque me interceptó una patrulla y me cogió como guerrillero. Me procesaron durante tres meses en una fiscalía; sin embargo, no me pudieron vincular con nada y salí en libertad.

Entonces retomé la idea de presentarme al batallón para convertirme en un reinsertado y acogerme a los beneficios que ofrecía el Estado. Estos hechos ocurrieron exactamente el 10 de diciembre de 2012.

Como tenía la certeza de no deber nada y mi prontuario en la guerrilla era desconocido, estaba seguro de que habría algo diferente para sonreírle a la vida civil.

Me sentía libre de ataduras y comencé a ser feliz con quien hoy es mi esposa. Formé un hogar y actualmente estoy comprometido con el respeto a las leyes de mi país, Colombia, ese es mi mayor deseo.

Actualmente disfruto del amor de mi esposa, quien me ha dado un hermoso hijo. Ellos son las razones que me llevan a pedirle a Dios que me dé la oportunidad de recobrar la libertad muy pronto y así poder compartir con ellos y con el resto de mi familia, entre quienes se encuentran mis padres y mis hermanos, que siempre han sido mi apoyo incondicional.

En este momento quiero pedirles perdón a todas las personas a las que les causé algún daño durante el transcurso de mi vida delictiva. También le pido a Dios que me perdone y me bendiga al iniciar esta nueva ruta.

Por último, invito a los jóvenes a que no cojan el mal camino, a que estudien y se preparen para que no cometan el mismo error que hemos cometido muchas personas por ignorancia.

Sé que no soy el único que ha pasado por esas situaciones que nos llevan a terminar en medio de cuatro paredes, sin la posibilidad de compartir con nuestros seres queridos.

Detrás de las rejas he aprendido que lo más lindo que uno puede hacer es respetar la vida de los demás, porque el único con derecho a juzgar es Dios.

COALICO

Conformada por:

Proyecto:

Apoyado por:

@COALICO

@coalicocolombia

@COALICO

@COALICO